

EL RETRATO SOSPECHOSO. BELLO, LASTARRIA Y NUESTRA AMBIGUA RELACIÓN CON LOS MAPUCHE*

XIMENA TRONCOSO ARAOS**

RESUMEN

El estudio del pensamiento de Bello y de Lastarria sobre el lugar del pueblo mapuche en la naciente república chilena permite viajar hacia los orígenes literarios de nuestra contradictoria identidad cultural: la inclusión simbólica y la exclusión concreta de los mapuche en y de la sociedad chilena.

Palabras claves: Chile, Bello, Lastarria, pueblo mapuche, inclusión-exclusión.

ABSTRACT

This paper studies the thought of Bello and of Lastarria as to the place of the Mapuche people in the emerging Chilean Republic and permits us to travel towards the literary origins of our contradictory cultural identity: the symbolic inclusion in and the concrete exclusion of the Mapuches from Chilean society.

Keywords: Chile, Bello, Lastarria, Mapuche, inclusion-exclusion.

Recibido: 06.10.2003. Aprobado: 30.12.2003.

*Este ensayo se inserta en la tesis doctoral *El espejo empañado. Literatura, nación y pueblo mapuche* (profesor tutor Dr. Gilberto Triviños). Programa de Doctorado en Literatura Latinoamericana, Universidad de Concepción.

**Profesora de Español, Magíster en Literaturas Hispánicas y Doctora en Literatura Latinoamericana. Ha ejercido docencia en la Universidad de Concepción y actualmente es profesora en la Universidad Católica de Temuco. E-mail: xitrona@yahoo.com

El Padre la habría entregado y les habría dicho: "Veis aquí que vuestro hijo está con salud y que le va bien". Ellos habrían recibido el retrato con gusto y con mucha alegría. Pero parece que otros indígenas, a los que mostraron la fotografía, decían a mi padre: "Tu hijo ha muerto: ésa es el alma de un difunto". Mi padre se asustó cuando le dijeron tales mentiras. Se fue donde el Padre Constancio y le dijo: Quién sabe si esta imagen de mi hijo está viva; ¿no habrá muerto?

LONCO PASCUAL COÑA

La búsqueda de la procedencia no funda, al contrario: remueve aquello que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo.

MICHEL FOUCAULT

LAS IMAGENES de los indígenas en general y de los mapuche en particular fueron configuradas ideológica y literariamente subsumiéndolas al proyecto de identidad nacional. Bello y Lastarria encuentran la originalidad en el uso simbólico de lo indígena al mismo tiempo que lo excluyen del proyecto por su irrenunciable y escandalosa diferencia.

*

Los escritores chilenos del Movimiento de 1842 se proponían retomar el camino comenzado por los independentistas, el que se habría desvirtuado al continuarse con una política autoritaria. Es el continuismo de la Colonia el que rechazan, por lo cual se oponen furibundamente a lo español del pasado y del presente. El acercamiento al espíritu independentista, el cual quieren retomar para construir la república que debió ser, pero que se truncó, provoca cierta simpatía hacia el mundo indígena, pero se trató de un interés diferente al que movió a los patriotas. La visión de los escritores de la Generación del 42 con respecto a los mapuche la entiendo en una relación dialéctica entre historia, ideología y literatura, para percibir las semejanzas y discrepancias entre unos escritores y otros y las ambivalencias y o ambigüedades de las posturas que se verifican en cada escritor. Los intelectuales de este período se enfrentan simultáneamente a las imágenes de héroes y bárbaros que vienen de la tradición y que son leídas en un nuevo escenario histórico.

Tanto Andrés Bello como la generación siguiente contribuyeron a dar perfil coherente al Estado-nación. Esto vale para los que trabajaron dentro de la oficialidad administrativa como para quienes fueron expulsados de ella. El concepto que los unió fue justamente el de la unidad. Cómo conseguir la unidad identitaria fue un problema a resolver, puesto que se trataba de una nación socialmente heterogénea, territorialmente escindida y en conflicto político y cultural con los mapuche. Es decir, la unidad fue una invención, una "comunidad imaginada" al decir de Benedict Anderson, una crea-

ción política y literaria. La idea del historiador Mario Góngora de que en Chile el Estado crea la nación se relaciona con esto, pero con la salvedad de que Góngora considera sólo el carácter inclusivo, unificante y positivo de este proceso, pero no el anverso: la exclusión y su ocultamiento, aspectos que son señalados hoy en día por historiadores como Gabriel Salazar, Julio Pinto (1999), Alfredo Jocelyn-Holt (1999) y Jorge Pinto (2000), entre otros. Por otra parte, estudios literarios como los de Jaime Concha (1997) y Gilberto Triviños (2001) también están aportando significativamente a la revisión de la historia y de las *imágenes interétnicas* (Portilla 1992) del período en que se crea la nación. Jaime Concha (1997) plantea que la nación se construye por oposición a cuatro adversarios internos y externos: la Confederación Perú-Boliviana, los vencidos de Lircay, el bandidaje rural y el indio araucano, con lo que la nación crea su leyenda de orden a partir de la exclusión de otros. El indígena “es parte de un ‘nosotros’ incluyente y un gran excluido de la nación: inclusión imaginaria y marginación real” (34). Triviños, por su parte, en el estudio de seis obras escritas entre 1862 y 1928, percibe aquello que las acerca: “El descubrimiento, más allá de los esfuerzos por velarla, de la violencia constitutiva de la nación chilena” (141). No se trataba sólo de formar un Estado que administrara la nación, también había que conformar la nación a partir de una incipiente, difusa o inexistente identidad nacional. Y esa nación que se construye es social, genérica y culturalmente jerarquizada y jerarquizante: oligárquica, racista y machista.

LA CONDENACION DE ANDRES BELLO

Un personaje ineludible a la hora de tratar la literatura y la cultura en un momento tan importante de nuestra historia como es el de la constitución de la nación y el Estado en Chile es Andrés Bello, quien es definido por el historiador Ariel Peralta como la “raíz fundacional de la cultura chilena”, lo que señala la visión elitista sobre la cultura predominante a lo largo de nuestra historia. En Bello encontramos los orígenes del Estado-nación, en el sentido que es el sistematizador ideológico del proyecto. Si bien hubo otros, él realizó un trabajo cuyo objetivo era muy definido a la vez que descomunal: sentar las bases estructurales del Estado-nación moderno. El *Código Civil*, la *Constitución de 1833*, la *Gramática de la lengua castellana* son textos, pero no sólo eso, son también máquinas legales cuyo objetivo es lograr un efecto, crear un orden, dar forma definida.

Para Bello, nuestra tradición es España, somos hijos de España: lo malo y lo bueno nos viene de la “Madre Patria”. Bello fue un hombre entre dos mundos y dos tiempos: Europa e Hispanoamérica, lo clásico y lo moderno. Se ha dicho que Bello fue el primer escritor americanista; pero su americanismo se nutría de lo hispánico y reconocía en él su fuente. Su hispanismo



Bello

se revela con notoriedad en el comentario de la tesis de José Victorino Lastarria (ambos textos son de 1844). Si bien el comentario es elogioso al inicio, contiene una serie de refutaciones. En una de ellas Bello contradice la tesis referida al estado de envilecimiento de la sociedad colonial, arguyendo que un pueblo profundamente envilecido no habría sido capaz de “ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas”. Pero lo que me interesa destacar más es lo que continúa, referido a la semilla de la virtud que florece en los patriotas, la que provendría de España:

I el que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópolis reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la infinita constancia de los *hijos de España*. El instinto de patria reveló su existencia a los pechos americanos, i reprodujo los prodigios de Numancia y Zaragoza. Los capitanes i las lecciones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos i humillados por los caudillos i los ejércitos improvisados de *otra Iberia joven*, que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua en la defensa de sus hogares (yo destaco), (1957: 99).

En la visión de Bello, España perfecciona lo romano y América mejora lo hispano.

Bello no intenta desconocer los desmanes de la conquista y las falencias de la colonia, sino justificarlas en unos casos y bajarles el perfil en otros. El punto central de la discusión es la violencia de la conquista, la que Bello asimila a otras para finalmente plantear una ley histórica que en el fondo obedecería a una característica esencial del ser humano. Así, el historicismo que propugna Bello consistiría en distintas modalidades de una misma mecánica en la que los mejores se imponen. A partir de esta idea racista, justifica un orden social jerárquico, con lo que sugiere lo inútil del cambio en la estructura social¹. También se refiere a la conservación del orden social en su “Curso de instalación en la Universidad de Chile”. La palabra igualdad no forma parte de los postulados de Bello, a diferencia de la generación siguiente.

¿Qué lugar ocupan los indígenas en este proyecto nacional y americano? Bello, según Mariano Picón-Salas, leyó a los cronistas de Indias, entre ellos a Las Casas, buscando un alegato americano que oponer al sistema colonial español. Bello critica las Leyes de Indias y alega en favor de los derechos de los indígenas: “¿Y a qué se reduce? [la ley de protección indígena] A mantenerlos en pupilaje perpetuo. ¡Admirable legislación que niega al hombre el uso de sus derechos para precaver el abuso!” (Cit. en Picón-Salas 1957: XVI).

¹“Basado en la voluntad oligárquica más que en la legitimidad nacional, el Estado de 1833 se vio forzado a iniciar complejas maniobras retóricas de ‘legitimación’”, en las que habrían participado los intelectuales del 42, incluido Bello (Pinto y Salazar 1999: 35). Y según Jocelyn-Holt: “Más importante que el Estado fue la persistencia del orden social tradicional” (1999: 27).

Pero este discurso brillará por su ausencia a la hora de referirse al pueblo mapuche y a la nación chilena.

Bello expone sus ideas respecto a las relaciones entre pueblos distintos dentro de un proceso de conquista. El resultado será la mezcla racial y cultural. Pero en algunos casos es sólo racial: “Puede suceder también que la concordancia entre los elementos que se acercan sea tal, que una invencible repulsión no les permita penetrarse uno a otro y producir un verdadero compuesto. Se mezclarán tal vez las razas, y se rechazarán entre sí las ideas”. (97). Esto lo ilustra con el caso de españoles y árabes, pretexto para hablar del caso americano. Bello emite un juicio de tono profético con respecto a los pueblos indígenas de América: “Está pronunciado el fallo de destrucción sobre el tipo nativo. Las razas indígenas desaparecen y se perderán a la larga en las colonias de los pueblos trasatlánticos, sin dejar más vestigios que unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos, monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser” (98).

Sin embargo, su razonamiento lo lleva a admitir que, si hubo mezcla de razas en América sin por ello haberse degradado la ‘raza’, los indígenas, por lo tanto, habrían aportado también favorablemente, aunque sólo en el aspecto racial, no en el cultural.

¿Hai en las razas una complejión peculiar, una idiosincrasia, por decirlo así, indestructible? I ya que la raza española se ha mezclado con otras razas en América ¿no sería posible explicar hasta cierto punto por la diversidad de las mezclas las diversidades que presenta el carácter de los hombres de la revolución en las varias provincias americanas? He aquí un problema que merecería resolverse analíticamente i en que no nos es posible detenernos porque carecemos de los datos necesarios (100).

Es posible apreciar aquí la veta filosófica de Bello en el sentido de ser un buscador de conocimiento, un indagador incansable y riguroso. Así, las preguntas que formula no son meramente retóricas, sino una forma de conocer, explicar dudas y plantear hipótesis. La pregunta de Bello por la idiosincrasia no ha perdido totalmente su actualidad, aunque claro, hoy en día se plantea en otros términos. El elemento racial ha ido perdiendo relevancia a favor de una noción de lo étnico con un sentido eminentemente –cuando no exclusivamente– cultural. Bello se pregunta si algo de la peculiaridad de un pueblo, esto es, de su identidad, permanece en el tiempo a pesar de las mezclas. Reconoce la transformación cultural (aunque él hable de razas) cuando repara en “las diversidades que presenta el carácter de los hombres de la revolución en las varias provincias americanas”. Bello hace la distinción entre identidad racial y cultural (las “ideas”), pero su diferenciación es vaga y ambigua. La unión de las razas, de la española y la araucana en Chile,

daría origen a una nueva síntesis homogénea, heredera de la cultura española. Es decir, el pueblo mapuche estaba 'condenado' a desaparecer. Pero esto corresponde más al plano del deseo o interés que al del conocimiento, es decir, corresponde más al proyecto como nación que a lo que efectivamente había ocurrido y estaba ocurriendo producto de las relaciones interculturales. El mismo Bello –autocríticamente– no puede dejar de señalar sus limitaciones con respecto al tema y la necesidad de estudiar. Esto último indica que el interés ideológico no da origen en Bello a un discurso de mala fe, sino a un discurso determinado en gran medida por objetivos pragmáticos vinculados a ciertos valores morales.

Permanencia y cambio son dos nociones que rondan constantemente el pensamiento de Bello y que a pesar suyo no siempre se resuelven en el ideal belliano de equilibrio, armonía, conciliación, síntesis. Mario Rodríguez (1981), en su análisis de las silvas de Bello, plantea que lo neoclásico y lo romántico no dan como resultado una conciliación en Bello, sino una condenación, ya que producen una actitud ambigua frente a la poesía: “Proclama la libertad artística, pero se apresura a condenarla en nombre de una posible embriaguez licenciosa” (43). Esta ambigüedad también se verifica en su trabajo como gramático, como lo expone el agudo artículo de Julio Ramos (1995) acerca de la visión de la lengua castellana en Bello: según Ramos, para Bello “la palabra dialectal es irregular y monstruosa, demasiado pegada a las pasiones del cuerpo, pero a la vez esa palabra encarna la diferencia latinoamericana” (26). Así, la diferencia posibilita la constitución de una lengua nacional, pero ésta, una vez institucionalizada, expulsa la diferencia: “En Bello el discurso gramatical se erige en respuesta a un terror específico: la monstruosidad, para el intelectual ilustrado, de la dispersión y fragmentación acarreados por el uso popular de la lengua” (26). Esto que Ramos considera una aporía, sin duda se relaciona también con su ambigüedad poética. Pero también se relaciona con el tema indígena: Bello construye una imagen de América apoyada en la diferencia indígena para posteriormente expulsarla del y por el proyecto nacionalista americano.

Tal vez la actitud ambigua para con lo indígena ha sido la condenación de América. Se le ha utilizado en términos simbólicos pero despreciado en lo concreto. La estrategia de Bello, señala Jaime Concha (1997), es “levantar el mito contra la realidad, prestigiar la epopeya indígena en desmedro del mapuche existente en su tiempo, al que desprecia y condena como bárbaro y antisocial” (22). Pero también me parece interesante reparar en la configuración de lo indígena no sólo en términos de exclusión, sino de inclusión, pues no se trata simplemente de una utilización discursiva. Al ligarse con lo indígena en términos simbólicos, el sujeto nacional compromete parte de su identidad, la que, por momentos a lo largo de la historia, se le presentará ante el espejo hasta que ya no servirá negarla, pues los nuevos Lautaro y

Tupac Katari, las nuevas Guacolda y Micaela nos recuerdan el componente mestizo a la vez que ellos abrazan su identidad indígena y la asumen felizmente por el mundo. Al configurar el imaginario nacional en relación con lo indígena, aun cuando éste choque con presupuestos ideológicos, los hacedores de la nación firman un porvenir de pugna entre el propio sujeto y lo que el imaginario conlleva y entre la nación y los pueblos originarios integrados y excluidos de la nación.

LA UTOPIA DEL NUEVO MUNDO

En la poesía Bello se muestra menos adepto a lo hispano que en sus discursos. Es el caso de las *Silvas americanas*, escritas durante su estadía en Londres (1810-1828) y publicadas en 1823. En Europa su sentimiento americanista se intensifica por la nostalgia del suelo venezolano. La utopía del Nuevo Mundo que Bello configura aquí es distinta de la utopía hispana de conquistista, la que consistía en el encuentro de un lugar maravilloso, fuente de riqueza que cambiaría la vida de un hombre de la noche a la mañana.

Las Indias o El Dorado fueron los nombres de una misma obsesión: enriquecerse. El oro fue el objeto del deseo, pero también un justificador de la aventura de la búsqueda incesante que significa al mismo tiempo insatisfacción con la propia situación en el mundo. Con el asentamiento, la búsqueda adquiere otro carácter. La relación con el medio va a ir despertando sentimientos de apego que dan origen a una conciencia de identidad diferente. El Nuevo Mundo se asumió como mundo propio y luego de la guerra por la Independencia la utopía se vuelve más específica y definida.

El interés por la naturaleza como objeto literario que va a marcar a la literatura hispanoamericana posterior podría entenderse en relación con el imaginario que comienza con las cartas de Colón. Las Indias son percibidas como lugar de maravillas por el sincero asombro ante lo nuevo, pero también por la mirada fantasiosa propia del hombre europeo de ese tiempo y además por el interés en crear cierto efecto en el destinatario para justificar la empresa ante los reyes de España y conseguir el reconocimiento y apoyo necesario para continuar. América se convierte en un lugar paradisiaco a fuerza de deseo. Su atracción radica, más que en lo que se sabe de ella, en lo que se desconoce. A este respecto, Jocelyn-Holt, en *Historia general de Chile* (2000), expresa lo siguiente:

No es que América proporcione un espacio donde se pueden establecer utopías, o bien, donde se descubren comunidades ideales, sino que América misma deviene en esta válvula de escape de un mundo viejo, constreñido y agobiante. América ensancha las perspectivas, ofrece un amplísimo nuevo panorama; en suma, permite expandir la ecúmene (221).

Pedro de Valdivia es quien inaugura en Chile el discurso de la magnificencia de las condiciones naturales de Chile, que en las cartas de relación se nos ofrece como el mejor lugar del mundo, de clima bondadoso, tierras de una fertilidad asombrosa, con minas riquísimas en oro. El carácter superlativo e impreciso de la descripción ya es motivo para sospechar de ella. Más aún, si se considera que el propósito del discurso se hace evidente a través de la insistencia en la factibilidad de que mucha más gente podría asentarse en el lugar. El objetivo también es explicitado: “Para que haga saber a los mercaderes i gentes que se quisieran venir a avecindar que vengan”². El discurso de Valdivia contrasta con descripciones más precisas y menos entusiastas como las de Gerónimo de Bibar y Góngora Marmolejo.

El discurso elogioso reaparece con Alonso de Ovalle en su *Histórica relación del Reino de Chile*, quien, a diferencia de Valdivia, trasunta el apego sentimental a la tierra en que se ha vivido y con la cual se han establecido lazos. En Ovalle, el amor por el suelo chileno va de la mano con el afecto por Europa, lo que se revela en las semejanzas entre ambos. Que Chile sea el lugar de Sudamérica más parecido a Europa, según la visión de Ovalle, se entiende sin duda como un elogio.

De esta manera, la naturaleza americana como tópico literario no nace con Bello, pero sí adquiere con él una nueva modulación: la naturaleza se torna lo representativo. Es lo único seguro y concreto a que aferrarse. La utopía del Nuevo Mundo, que acompaña a conquistadores y colonizadores españoles y que continúa en la república, es el tema central de sus *Silvas americanas*, consideradas las primeras obras americanistas, pues exaltan al mundo americano como virtualmente superador de los vicios de Europa. La naturaleza pródiga sometida a la mano civilizadora, tema de su silva “La agricultura de la zona tórrida”, revela el modo de relación del sujeto americano con su mundo, el cual es percibido como un espacio sin cultivar, por lo tanto, lleno de posibilidades. He ahí el atractivo de lo nuevo y lo virginal. Es la cultura la que jugará el papel protagónico. En América está todo por hacer y Bello viene a hacerlo todo. Lo más urgente es dar orden y unidad.

En “Alocución a la poesía” contrapone el nuevo y el viejo mundo. América es naturaleza, Europa es cultura. La naturaleza es favorecida en la poetización, lo que resulta contradictorio con el pensamiento de Bello; pero tiene su razón de ser, que se desarrolla en forma más amplia y definida en “Agricultura de la zona tórrida”: América como naturaleza exuberante y virginal a la espera del trabajo humano que la transforme, es decir, a la espera de la cultura. Su significado apunta hacia la visión de un nuevo mundo para nuevos hombres: América representa la posibilidad de un mundo nue-

²Los extractos más elocuentes sobre Chile de las obras de los cronistas que aquí menciono se encuentran en la antología de Ariel Peralta (1993).

vo no tan sólo por su espacio geográfico, sino también, y principalmente, por su gente. América representa el pueblo nuevo, en oposición a una Europa cuyos vicios no pueden percibirse al margen de lo cultural. La oposición naturaleza/cultura, que ya es tópico literario en la poesía del Siglo de Oro español, es la imagen que Bello selecciona para elaborar una visión poética de su utopía, que por lo demás no es de su exclusividad. En esta dialéctica se percibe el influjo del romanticismo en Bello, pues “las ideas de patria y naturaleza generan los dos grandes campos semánticos pivotaes del romanticismo en Hispanoamérica” (Barreda y Béjar: 13).

Como decía, Bello también recurre a lo indígena para construir una imagen del mundo americano que contraste con el europeo. En esto sigue el ejemplo de los independentistas. Los referentes son utilizados como símbolos para condenar la Conquista española y exaltar la Independencia. Los nombres de importantes figuras de los pueblos indígenas funcionan metonímicamente para designar a los pueblos víctimas. La liberación del yugo español significó la reparación de los males causados a América. Lo indígena resulta ser un recurso que legitima el carácter americano de los criollos, pues establece una equivalencia entre los pueblos originarios y las colonias independizadas. En “Alocución a la poesía”, versa:

No largo tiempo usurpará el imperio
Del Sol la hispana gente advenediza,
Ni al ver su trono en tanto vituperio
De Manco Cápac germinarán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza.
Nuevos y más felices capitanes
Vengarán, y a los hados de su pueblo
Abrirán vencedores el camino
Huid, días de afán, días de luto,
Y acelerad los tiempos que adivino.
.....
Diosa de la memoria, himnos te pide
El imperio también de Moctezuma (80)

Así, la independencia política que consiguieron las colonias se hace extensiva también a los pueblos originarios. Se quiso ver una liberación en un hecho que para los indígenas no tuvo en absoluto tal significado.

Bello propone una imagen de América como espacio de la regeneración. En el fondo, el Nuevo Mundo no es el opuesto del viejo mundo, sino su continuador y superador. De allí la exhortación a la “divina Poesía” a que deje la “cultura Europa” y se encamine hacia el espacio arcádico de América, más afín con la “nativa rusticidad” de la poesía.

En este poema se asocia la naturaleza americana con los pueblos que la habitaban. Los une adoptando la imagen mítica del buen salvaje en un esta-

dio de inocencia primigenia salvaguardada por la incomunicación con el mundo civilizado:

Allí memoria de tempranos días
Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
Y nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dio a sus moradores,
Primera prole de su fértil seno.
Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera mano
Las apartadas costas visitare.
Aún no agregado la ambición había
El hierro atroz; aun no degenerado
Buscaba el hombre bajo oscuros techos (75-76).

Esta imagen sirve para reforzar la idea de América como lugar de regeneración. El pasado precolonial, caracterizado por el espíritu inocente que se conservaría en la abundante naturaleza virgen, proporciona el sustrato para sobreponerse a la tragedia de la guerra (“¿quién contará la pavorosa suma?”) y construir –empresa épica– a partir de las cenizas: “caíste, sí; mas vencedor caíste”.

Bello quiere imprimir a su poema un sello americano, para lo cual recurre a los referentes que le proporciona el conocimiento directo e indirecto de los pueblos de América: su geografía y su historia. Lo indígena proporcionaría de modo más notable los elementos singularizadores necesarios para otorgarle a lo estético un mínimo de originalidad. Recordemos que Bello se rige por los modelos clásicos, especialmente Virgilio.

Quizá la presencia más relevante y auténtica de lo indígena en las silvas se verifica en algunos versos de la “Alocución...” que hablan del relato mítico proveniente de la tradición oral sobre el derrumbamiento del Tequendama y del nuevo pueblo de los muiscas que surge bajo el alero del legislador Nenqueteba. Curiosamente, Bello narra el relato sin establecer diferencias en el punto de vista, es decir, lo narra como si fuera un hecho histórico más. Digo que es curioso si pensamos que las demás descripciones se ciñen a hechos históricos, paisajes y vegetación concretos. Justamente por estas últimas características es que Manuel Antonio Caro define la poesía de las silvas de Bello como “científica”, pues su poesía “adorna y hermosea verdades descubiertas y explicadas por la ciencia”, se caracteriza por el “amor a la exactitud en las descripciones y definiciones, idealizar siempre sobre la realidad, no fantasear jamás”. A esto Caro agrega el dato de que la estadía de Humboldt en Caracas y las noticias de sus trabajos habrían despertado en el joven Bello el amor a las ciencias naturales. Luego, ¿cómo explicar la incorporación del relato indígena y qué sentido tendría? Hay que decir en primer lugar que Bello envía una señal de su racionalidad occidental a través de la

nota en que cita la fuente de donde extrajo el relato: Humboldt, *Vues de Cordilliers*. Ahora bien, habría que entender el relato indígena en relación con la tradición estética y con el americanismo, aunque parezca contradictorio. Se trata de crear una imagen poética del mundo americano. Si Virgilio recurre a la mitología, Bello también recurre al mito, pero americano. En otras palabras, conserva el modelo pero cambia el contenido. La mitología adquiere justificación en la medida que contribuye con la finalidad de representar el mundo americano teniendo como parámetro el mundo europeo para marcar diferencias, pues la identidad propia se define en relación con algún “otro”. En esta instancia particular, lo indígena no es configurado como lo otro, sino como lo semejante. La identidad, por lo tanto, además de variar con el tiempo, depende del lugar y el momento desde donde se construye.

Pero a medida que se avanza en la construcción de la nación y se tenga que hacer frente a una realidad muy distinta al sueño de la nación homogénea, la relación del Estado con los mapuche se irá tornando cada vez más conflictiva. El papel que se le otorgó a lo indígena en las nacientes repúblicas fue contradictorio. El sociólogo Braulio Muñoz (1996) plantea que el sueño de unidad de los pueblos hispanoamericanos, cifrado en el concepto de mestizaje, implicó la muerte cultural de los indígenas. Este sueño de unidad tiene su manifestación dentro de lo nacional. Si por una parte lo indígena es utilizado en el ideario emancipador, por otra parte es expulsado del proyecto del Estado-nación. Esto último forma parte del discurso de los conservadores y también de los más progresistas; es común a aquellos que propugnaban la dominación armada y el exterminio y a quienes abogaban por las relaciones pacíficas.

Bello reconoció el mestizaje, pero en ningún caso lo promovió. El resultado de la unión entre españoles criollos y mapuche sería el ansiado pueblo homogéneo que relegaría al olvido a las culturas originarias del continente. Más de un siglo ha transcurrido desde la muerte de Bello y su profecía de la desaparición de las culturas indígenas ha resultado una verdad a medias, porque, si bien la resistencia araucana no ha sido permanente (Triviños 1992: 95) y muchos pueblos originarios fueron exterminados, el sonido del cultrún se sigue escuchando entre canelos y treiles, en calles y plazas públicas.

BELLO Y LA ARAUCANA: UNA GENEALOGIA POÉTICA

La Araucana fue conocida y leída por todos los literatos, fue una fuente de imágenes positivas y negativas con respecto a los mapuche, aunque la tendencia fue la asociación con lo heroico. La lectura de *La Araucana* –así como toda lectura– se hace con una carga cultural. El poema de Ercilla fue apropiado por los chilenos, quienes vieron en él un texto fundacional (lo que

andaban buscando), por lo que lo convirtieron en aquello que necesitaban.

Andrés Bello, en el diario *El Araucano* (1841), escribe un comentario sobre el texto de Ercilla. Es un discurso apologético en mayor medida, de desagravio por las críticas negativas y la displicencia que se le mostró en España. Ubica la obra en relación con la tradición del género. El análisis de la obra es inteligente, certero, erudito, al estilo de Bello. Pero lo más significativo, a mi juicio (especialmente para lo que aquí interesa), es aquello que para Bello hace de *La Araucana* un libro importante: el ser el texto que plasma el nacimiento del pueblo chileno al mismo tiempo que lo inmortaliza por la escritura:

No nos detendremos a enumerar las prendas y bellezas que además de las dichas la adornan, lo primero porque Martínez de la Rosa a desagraviado en esta parte al cantor de Caupolicán; i lo segundo, porque debemos suponer que *La Araucana*, la *Eneida* de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico (1957: 530).

Estamos en presencia de dos mitos: el de la fundación de Chile, que es el resultado de una determinada lectura del poema, y el de *La Araucana* como texto que plasma la fundación de Chile y que Bello considera una lectura obligada, como el conocimiento de la historia familiar. Leer el texto de Ercilla sería algo así como adentrarse en la genealogía de la nación, una genealogía de origen literario e histórico a la vez.

Hay algo ambiguo en estas citas con respecto a Chile y a *La Araucana*. Bello nos había hablado del poema histórico centrado en los araucanos. Repentinamente, ya no se trata del pueblo araucano sino de Chile. ¿Qué pasó entremedio? y ¿qué es ese Chile? Partamos por lo segundo: lo claro es que Bello hace referencia a un Chile republicano. Con orgullo nacionalista se jacta de que Chile es el único pueblo moderno cuya fundación ha sido inmortalizada en un poema épico. Pero ¿cuál es el Chile de *La Araucana*?, ¿quiénes son nuestros padres? Bello no se hace cargo de estas preguntas o silencia las respuestas, pues lo que le interesa de *La Araucana* es su grandeza épica, la que funciona como testimonio de la grandeza de un pueblo. Para afirmar la identidad nacional, los intelectuales necesitan la certificación de su nacimiento, para lo cual recurren al mito de la fundación, influencia de los modelos culturales clásicos. El mito fundacional es clave para la empresa de construcción de la nacionalidad en la que toda la elite intelectual estaba empeñada, no obstante las diferencias que generaban a veces acaloradas polémicas. Por esto Bello compara *La Araucana* con la *Eneida* y con los romances castellanos. Así, el origen de Chile es sublimado, se lo fija en una dimensión poética y abstracta, no obstante se le reconozca obviamente su carácter histórico sin el cual no se legitima la existencia de la nación.



Bello

Bello acepta la paternidad araucana sólo en una dimensión poética y abstracta. Al igual que los escritores del 42, no aceptaba la ascendencia de un pueblo tan impudicamente distinto al ideal de civilización. La idea de los chilenos como hijos de los mapuche es posterior, aunque siempre dentro de un orden simbólico. Así, el acercamiento de estos intelectuales a los mapuche está mediatizado por la escritura, por el lenguaje español y por la perspectiva de un hombre español, Alonso de Ercilla. Lo que quiero decir es que los chilenos miran lo indígena tamizado por la mirada europea, sólo así puede ser ‘digerido’ y aceptado dentro del imaginario.

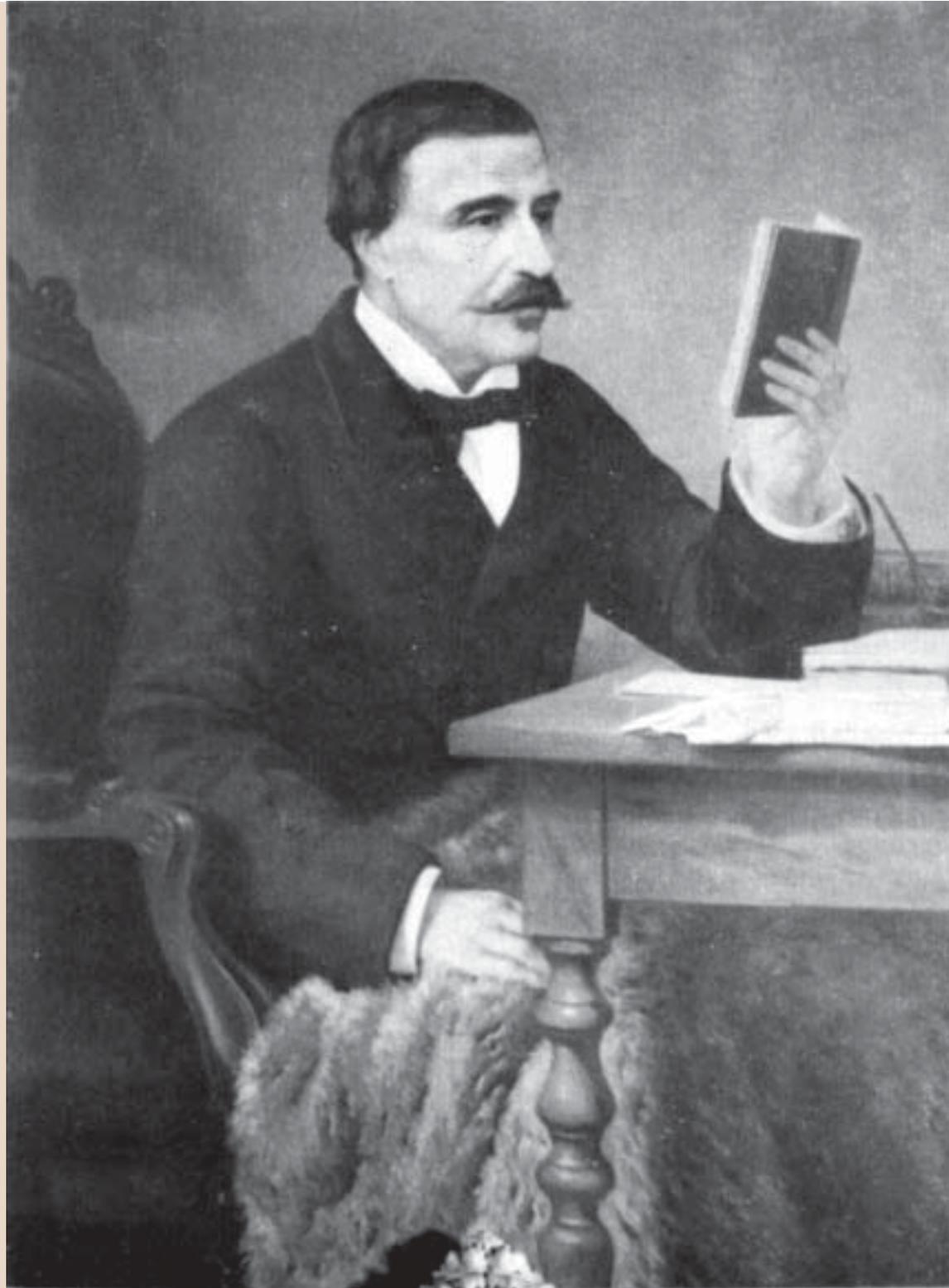
LASTARRIA IMBUNCHADO

El discurso de José Victorino Lastarria posee más semejanzas que diferencias en el aspecto ideológico con el discurso de Bello, pues comparten la misma clase de utopía de las naciones regeneradoras y el mismo gran proyecto de construcción diferencial con respecto a Europa. Para los intelectuales de esta época, el medio para conformar la república era la ilustración, a la que también le concedían un valor en sí misma. De allí que sea la educación –la necesidad de “combatir la ignorancia”– uno de los temas más recurrentes.

Como ya he dicho, el propósito orientador de sus actividades era conseguir la unidad cultural. En la siguiente cita de Lastarria, en su “Discurso de incorporación a la Sociedad Literaria” (1842), se aprecia que la unidad era el objetivo de toda labor que emprendieran. Lastarria hace un imperativo llamado respecto para quién escribir, qué escribir y finalmente por qué escribir: “Escribid para el pueblo, ilustradlo, combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heroicos, acostumbrándolo a venerar su religión i sus instituciones; así estrecharéis los vínculos que lo ligan, le haréis amar a su patria, lo acostumbraréis a mirar siempre unidas su libertad y su existencia social” (27). Como afirman los críticos Barreda y Béjar, el arte romántico de los hispanoamericanos, a diferencia del europeo, no significó un conflicto entre modernidad estética y modernización política³.

Lastarria intenta comprometer al individuo con un grupo, es decir, socializarlo. Apela a tres elementos para conseguir la unidad: el relato épico, la religión cristiana y el aparato administrativo del Estado. El escritor –según Lastarria– debe tratar de legitimar tales elementos de tal manera que consiga despertar en el lector un sentimiento de adhesión, de “amor a la patria”.

³Los autores van más lejos y, replicando a Octavio Paz, consideran, primero, que sí hubo romanticismo en Hispanoamérica y, segundo, que fue moderno, porque “quizá sea este romanticismo progresista, según Jürgen Habermas, el que con mayor claridad exprese la función del arte moderno en general, a saber, la solución del conflicto ínsito en la misma modernidad entre necesidad y libertad” (1999: 10).



Con el liberalismo se produce un cambio significativo en la forma de concebir la relación entre gobernantes y gobernados, la cual se evidencia en el uso de nuevas imágenes, relativas al ámbito familiar. La relación entre señor y vasallo o señor y siervo cede lugar a la de patria y ciudadanos. La patria, asociada sentimentalmente a lo materno; los ciudadanos, metafóricos como hijos. El lenguaje familiarista funcionó como una estrategia retórica tremendamente eficaz, a la que hasta hoy en día se echa mano en algunos discursos políticos. El éxito radicó en que al maximizar el contexto de la familia se establecían inmediatamente los lazos (en el imaginario) entre los individuos y entre éstos y el Estado. Se figuraba así la cercanía y la semejanza. El compromiso del individuo para con el Estado-nación ya no se fundaba, entonces, en la coacción por medio del poder despótico, sino en un sentimiento 'natural' y un deber moral íntimamente ligados. Como dice Ramos en su trabajo sobre Bello: el poder "ya no funciona estrictamente mediante la mordaza y el silenciamiento del cuerpo, sino más bien con el proyecto –acaso nunca realizable– de fundar su legitimidad, no ya en el castigo corporal, sino en el afecto del ciudadano que a cambio de la protección estatal internaliza y *entraña* a la ley" (25).

El Estado es el padre y la nación es la gran familia. Lastarria opone esta imagen a la del sistema feudal en el que quien gobernaba era el señor y en donde no existían ciudadanos sino vasallos y siervos. Según Lastarria, se corre el peligro de caer en este tipo de relación feudal si se deja de lado la ilustración en pro de la riqueza y las armas. Es necesaria la educación para instaurar la democracia, sinónimo de libertad. Es este concepto el que Lastarria considera que marcaría la diferencia entre dos formas de organización político-social: el siervo carecía de libertad en relación con el señor; en cambio, el hijo se relaciona con el padre a partir de una libertad básica. De esta manera es que los románticos naturalizan el concepto de nación: "El romanticismo creó el vínculo psíquico de las colectividades hispanoamericanas. La nación, desde entonces, se ha percibido como un fenómeno natural, no político; y en esto radicó el máximo objetivo y el mayor logro de la literatura romántica de Hispanoamérica" (Barreda y Béjar 1999: 16).

Lastarria posee una imagen de los araucanos proveniente de *La Araucana*. Expresa su simpatía para con ellos por la resistencia a los españoles, hecho que marcaría la diferencia entre el modo como se desarrolló la conquista en Chile y en otros países de América. En su tesis sobre la influencia social de la Conquista (1844), dice: "En Chile no existía el indígena envilecido i pusilánime a quien bastaba engañar para vencer, mandar para esclavizar, sino un pueblo altanero i valiente" (1957: 46). Con respecto a este trabajo, Meléndez (1998) señala que Lastarria –también Bello– revisa el pasado colonial como una manera de conjurar el miedo a la fragmentación y el caos. Lastarria –señala la autora– repara en la estigmatización y consecuente exclusión de los mestizos debido a su herencia indígena, fenómeno cuyo origen el autor encuen-

tra en el carácter dominador del sistema colonial. Pero Lastarria también sufre de esa mirada estigmatizadora cuando piensa en una herencia racial que parece más lastre que otra cosa.

La generación de Lastarria, más cercana a la literatura romántica y a las filosofías francesas, adoptó un discurso, a la vez que más encendido, más radical, especialmente cuando se trataba acerca de todo lo referente a España. Lastarria piensa la historia en términos de lucha, la cual forma parte del pasado y de su presente: el presente continúa la lucha al interior del Estado no como continuación de la Conquista sino de la Independencia en la pugna entre conservadores y liberales; Bello, en cambio, si bien es cierto también piensa la historia como lucha, ésta tributa totalmente a la conformación del Estado libre de conflicto interno y por lo tanto la lucha o corresponde al pasado o enfrenta a la nación con un enemigo externo que puede ser la Confederación Perú-Boliviana o el pueblo araucano. Si Lastarria desestima lo indígena o lo mestizo como fuerza de lucha al interior de la nación, Bello la concibe como tal sólo al exterior. Así, ambos salvaguardan el poder de una clase para constituirse en los constructores del Estado-nación.

Ya con Lastarria es reconocible la escisión del pueblo mapuche en el imaginario: los mapuche del pasado heroico y los del presente. Los escritores del 42 deciden que sus padres culturales son los independentistas. Lastarria los llama literalmente “nuestros padres”, en cambio, no llama así ni a los españoles ni a los mapuche. A los intelectuales del 42 no les interesa tanto indagar en su origen cultural o racial como componer un relato de identidad verosímil y con fines prácticos. Los padres son pensados desde una perspectiva política, cívica y republicana.

Era evidente que los mapuche constituían un pueblo aparte en lo cultural y territorial, aunque en la letra eran ciudadanos chilenos. Los indígenas empiezan a ser percibidos como obstáculo para el proyecto nacional, es decir, como escollo para la unidad, tanto territorial como cultural. Pero lo más importante en ese momento era el tema del territorio, que respondía en mayor medida a intereses económicos. Por esto se puso en la agenda política el tema de la ocupación a la que todos adherían. Por lo tanto, se discutió sólo sobre la manera cómo llevarla a cabo. Lastarria se opuso a la ocupación militar porque no le parecía un medio ventajoso para el país, además de ser contrario a su espíritu cívico. Por ello propugnó una incorporación paulatina del territorio mapuche por vía pacífica. De esta postura dan testimonio los discursos parlamentarios:

El Gobierno ha marchado de error en error, de engaño en engaño, de absurdo en absurdo, hasta llegar a complicar de una manera indescifrable nuestra cuestión de Arauco, hasta convertirla en una cuestión insoluble, para venir a pedir que le armemos de la bolsa i de la espada, a fin de continuar en su marcha funesta (411).

¿Qué se pretende? ¿Se quiere que se aprueben los proyectos del gobierno sin debatirlos, que la aprobación del proyecto sobre Arauco sea una especie de carga a la bayoneta calada contra los indios, que lo votemos sin estimar siquiera sus fundamentos? (424).

(La ocupación se aprobó por 48 votos contra 3).

No era que Lastarria defendiera a los mapuche, sino que pensaba en el mecanismo que a su juicio era más eficaz y económico. De todas maneras, pienso que es rescatable que intelectuales como Lastarria en algún momento hayan desestimado la violencia militar para con los indígenas dentro de un clima antiindígena generalizado (Jorge Pinto 1988). Esta actitud marca una diferencia con escritores argentinos como Sarmiento y Hernández, quienes pese a sus diferencias políticas coinciden en su repudio a los indígenas. En Chile, la Ocupación no tuvo, inicialmente, carácter de exterminio, no porque respetaran de antemano la vida del otro, sino porque las expectativas eran diferentes. Se pensaba que el número de indígenas era menor, que era una raza degradada, ajena al heroísmo de sus antepasados, es decir, se los subestimó. La idea de Cornelio Saavedra –militar a cargo de la Ocupación–, de que se necesitaría mucha música y mosto, refleja el carácter que tendría la campaña. Pero esto no resultó así en la realidad. No obstante el largo tiempo de relación fronteriza, los mapuche se movilizaron para resistir férreamente a la dominación. Uno de los aportes importantes de José Bengoa (1996, 1999) es justamente señalar y demostrar fehacientemente lo sesgado del discurso oficial y oficializante con respecto a este momento de nuestra historia, el cual ha sido minimizado en su violencia no sólo por el Gobierno sino también por la historiografía.

El gran proyecto de Lastarria era crear una literatura nacional, pilar imprescindible para construir la nación. No hay que olvidar que la idea de literatura que se manejaba en ese tiempo era más general; no se restringía a la ficción, sino que incluía las diversas expresiones escritas. Lastarria, al igual que la mayor parte de los intelectuales de su tiempo, incluyendo a Bello, proponía hacer una literatura original⁴. Bello fue el iniciador con las “Silvas americanas”, Lastarria el continuador de Bello en este intento y ve al igual que éste un gran potencial en la naturaleza americana. En su famoso “Discurso de incorporación a la Sociedad Literaria”, afirma:

No hai sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones le son peculiares i nada tienen en común con las que constituyen la orijinalidad del Viejo Mundo.

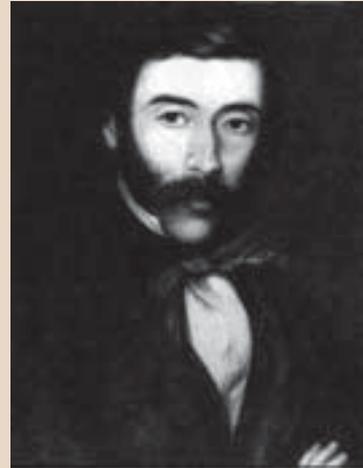
⁴Según Angel Rama (1987), la independencia, originalidad y representatividad fueron impulsores modeladores que siguieron acompañando a la literatura latinoamericana.

La naturaleza americana, tan prominente en su forma, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada (27).

No obstante, en *Don Guillermo* (1860), considerada la primera novela chilena moderna, no encontramos la naturaleza. Es una novela citadina y social que intenta llevar a la práctica el proyecto de su autor. No me interesa extenderme en las debilidades literarias de ésta, que, a mi juicio, son evidentes. Quiero referirme sólo a un elemento: el mito del imbunche.

Lastarria busca la originalidad en factores externos. En su intento de perfilarse como literatura original y representativa, recurre a lo indígena por ser lo singular en relación a lo europeo. *Don Guillermo* recoge el mito del imbunche de la tradición mapuche. Pero el uso que Lastarria le da es instrumental, pues no le interesa el mito para mostrar una parte de la cultura mapuche, sino para elaborar una alegoría cuyo significado se refiere a la sociedad chilena del momento y particularmente a la política. El imbunchaje es un elemento que forma parte de la alegoría (las personas imbunchadas dentro de Espelunco) a la vez que la alegoría en su totalidad se postula como imbunchaje (el mundo de Espelunco), cuyo significado es la falta de libertad que se padece en Chile a causa de los gobiernos conservadores, por lo que la sociedad toda es objeto del despótico imbunchaje. La imagen de la persona cocida en todas sus aberturas, esto es, tapiados sus sentidos, resulta muy adecuada para ilustrar la visión sobre una ideología política y el mundo resultante de ella, a la vez que para proponer otra ideología a partir de la negación del imbunchado. A través de esta imagen, Lastarria, por oposición, ofrece los nuevos valores y exhorta a la acción: combatir el mundo de Espelunco y el imbunchaje, es decir, el conservadurismo.

Don Guillermo incorpora dos verosímiles que le vienen del romanticismo: el costumbrista y el mágico fantástico proveniente de la tradición folklórica (Goic 1991, Loyola 1973). El relato de verosímil costumbrista enmarca el relato mágico. Esta disposición privilegia la perspectiva del verosímil costumbrista, pues sustenta el discurso del narrador. El mágico, en cambio, corresponde a una historia mediatizada: el narrador cuenta lo que don Guillermo le relató. Este cambio de verosímil y el distanciamiento que lo acompaña revelan lo ajeno que resulta el mito para el autor, es decir, lo incorpora, pero sometiéndolo a una ficcionalización que lo haga aceptable; y para hacer más patente la alegoría, esto es, lo ficticio, introduce notas. Sin embargo, el relato mágico es el más importante en cuanto a la carga semántica, ya que es allí donde se encuentra la mayor parte de la historia y los significados que conforman los principales sentidos del texto. Si analizo esto en relación con la tesis de Cedomil Goic en *La novela chilena*, podría decir que el mito (pienso en *Don Guillermo*), degradado en la visión occidental,



Lastarria

es instrumentalizado y supeditado a un nuevo mito, esta vez racionalista⁵. Dice Goic: “Pero el mito sigue vivo en la novela moderna, ahora como la expresión de una aspiración a un mundo sin contradicciones, un ‘paraíso de la libertad y la racionalidad’”⁶.

Creo que la inteligencia de Lastarria acertó en tomar este mito y establecer asociaciones con su experiencia en el mundo. Con esto, reconoce la potencialidad de las producciones orales, aunque, desde su óptica, deben ser enmarcadas dentro de la letra, con lo que quiero decir que deben ser sometidas a la razón occidental que incluye una moral y una estética. Con Lastarria ocurre lo inverso que con otros escritores y en esto se asemeja a Bello. Si en Sarmiento, por citar un ejemplo conocido, la literatura alienta una desestabilización de sus esquemas preconcebidos, contribuye a tornar ambiguo lo maniqueo (Ostria 1988), en Lastarria sucede lo contrario, esto es, admite una porción de lo indígena como garantía de originalidad, pero en el camino el mito se restringe en lugar de abrirse a distintas significaciones.

Curiosamente, en esta novela el paladín de la nación es un extranjero, un inglés, lo que se explica por la doble tentación de los intelectuales de este tiempo: el deseo de ser originales, pero a la vez la admiración por lo europeo o lo estadounidense que los mueve a considerarlos como modelos dignos de imitación. De esta manera, la tentativa de armar lo nacional exhibe los conflictos y contradicciones inherentes a esta doble tentación o doble mirada que delata el clasismo de las élites en su irrenunciable afán de diferenciarse del pueblo. Jocelyn-Holt (1999) señala que “si bien el pueblo podía hallar su identidad en términos nacionalistas, el cosmopolitismo proporcionaría a la élite una fuente inagotable de identidad de clase” (45). Mister Livingston y el narrador se distinguen como flores en el fango cuando comparten el espacio con gente de clase social inferior a la de ellos: “Volvió a mirarme con agrado, como si se alegrara de retirar su vista de los grotescos marineros que llenaban el recinto” (26).

La novela *Don Guillermo* no consigue la originalidad ansiada, porque si bien contiene elementos singulares, éstos cumplen una función mecánica o simplista que no sugiere la complejidad cultural. No consigue cristalizar literariamente la diversidad, la cual no encuentra en la novela espacios

⁵Esto se relaciona con la idea de Lévy-Strauss de que toda ideología o sentido histórico deviene en mito (1988: 370), postulado que ha suscitado reparos.

⁶Según la lectura de Inigo Madrigal (1972), este proyecto fracasa por el pacto neocolonialista que se traduce en subdesarrollo para Latinoamérica, razón por la cual la novela termina en un desolador escepticismo. Distinta es la opinión de Goic, quien sostiene que la esperanza del cambio continúa, sólo que ahora sería el pueblo su artífice. Ambas lecturas encuentran un punto de conciliación: el escepticismo existe, pero no porque ya no se crea en el proyecto, sino que se desconfía de los grupos dirigentes. Lastarria tal vez avizoró, pese a su sentimiento de clase, algo del futuro protagonismo de los desposeídos, aquellos a quienes se refiere como “*Demos*, tal vez por lo que tiene de demonio”, que en definitiva constituyen el pueblo.

dialógicos, al contrario, se resuelve a partir de una perspectiva monológica. Lastarria es capaz de percibir el imbunchaje político, pero sucumbe a formas de imbunchaje más sutiles y profundas que lo incapacitan para ver al indígena y a otros sujetos en situación subalterna más allá de la visión cívica nacionalista. Con todo, Lastarria dio una seña interesante al ampliar el espectro lingüístico en la literatura introduciendo formas populares y coloquiales (Gallardo 1988) y al considerar un relato de la cultura oral mapuche, el que fue rescatado posteriormente, a pesar del largo tiempo transcurrido: novelistas como Mercedes Valdivieso y José Donoso con sus novelas *Maldita yo entre las mujeres* y *El obsceno pájaro de la noche*, respectivamente, reinstalan el mito del imbunche en un nuevo y a la vez viejo escenario de encuentros y desencuentros sociales, culturales y genéricos, en donde el mito adquiere nuevos significados que tienen que ver con diversas identidades en conflicto.

Bello y Lastarria, las principales figuras de la intelectualidad del período de constitución de la nacionalidad chilena, incorporan lo indígena porque les proporciona el referente diferenciador, la originalidad tan ansiada. Pero en lugar de potenciar lo indígena y buscar una alianza cultural, se lo supedita a un proyecto del que los mapuche y todo otro pueblo indígena están excluidos. A través de los textos de estos escritores asistimos a los orígenes, en este caso literarios, de nuestra contradictoria identidad cultural: la inclusión simbólica y la exclusión concreta de los mapuche en y de la sociedad chilena.

En este punto quiero retomar el epígrafe extraído de *Testimonio de un cacique mapuche* del lonco Pascual Coña (recomiendo releerlo), el que para mí resultó tremendamente sugerente. Pascual Coña se había ido a estudiar a Santiago por sugerencia del sacerdote que lo educó. Después de algunos años, pensó: “Tal vez mis padres tendrían pena; voy a mandarles mi imagen”, y envió una fotografía. No es descabellada la reacción de los mapuche al desconfiar del retrato: “Quién sabe si esta imagen de mi hijo está viva; ¿no habrá muerto?”. La reproducción técnica, recordemos a W. Benjamin, rompe con el aquí y ahora, de modo que se crea una distancia de tiempo y espacio entre el objeto y su reproducción, la que admite la posibilidad de cuestionar la fotografía, pues era y no era Pascual Coña. ¿Cómo sabían los mapuche que esa fotografía no “era la imagen de un difunto” y que Pascual estaba vivo y bien? Así como existe una distancia entre la reproducción y lo reproducido, también la hay entre la representación y lo representado. Los indígenas pusieron en duda una imagen que provenía del mundo occidental y cuya tecnología, además, les resultaba misteriosa. Por otra parte, la representación de imágenes contenía para ellos un carácter sagrado, pues capturaba el alma o parte de ella. Dos testimonios del etnólogo Tomás Guevara ayudan a complementar estas ideas:

Las imágenes grabadas o talladas en madera han participado de esta peculiaridad de casi todas las cosas próximas al indio. Creían que conservaban algo de la vitalidad del orijinal. Hasta hace pocos años se resistían a retratarse i un pintor que se dedicó a reproducir en las mismas reducciones algunos tipos araucanos, se vio en apuros para ocultar sus trabajos i llevarlos con él. Un día el que esto escribe fue con dos trabajadores a un lugar de Metrenco a sacar un *adentu mamüll* (figura de madera) de un cementerio indijena abandonado. Tan pronto como se principió la tarea, llegó corriendo un grupo de indios armados de palos. Interrogados por el motivo de su oposición, siendo el fundo de un chileno, contestó uno de ellos: “Era pariente i no seria bueno te llevaras su figura; el dueño se enoja si queda cautiva” (1916: 65).

El cementerio que Guevara creía abandonado en verdad no lo estaba. Hoy los mapuche, conocedores de las tecnologías del poder, intentan liberar las imágenes cautivas, las de ayer y hoy, a través del cuestionamiento crítico y de la creación, resistiéndose así a los designios de los forjadores de la nacionalidad, quienes, como Bello, imaginaron el futuro de las culturas indígenas como un gran cementerio abandonado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Benedict. 1998. *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*. 8ª ed. London, New York: Verso.
- Barreda, Pedro y Eduardo Béjar comp. 1999. “Romanticismo y poesía romántica en Hispanoamérica: una propuesta crítica” (estudio preliminar). *Poética de la nación: La poesía romántica en Hispanoamérica*. Boulder: Society of Spanish and Spanish-American Studies. 1-49.
- Bello, Andrés. 1957. “*La Araucana*, por don Alonso de Ercilla y Zúñiga”. *Obras completas* V. XIX. Caracas: Ministerio de Educación. 522-31.
- , 1957. “Discurso de instalación en la Universidad de Chile”, “Comentario a las investigaciones sobre la influencia social de la Conquista”. En Durán Cerda, Julio. *El Movimiento Literario de 1842*. Santiago: Universitaria. 67-103.
- , 1909. *Poesías*. Buenos Aires: Maucci.
- Bengoa, José. 1992. *Conquista y barbarie*. Santiago: Sur.
- , 1999. *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuche en el siglo XX*.
- , 2000. *Historia del pueblo mapuche*. 5ª ed. Santiago: Lom.
- Benjamin, Walter. 1969. “The work of art in the age of mechanical reproduction”. *Illuminatio. Essays and reflections*. New York: Schocken Books.
- Caro, Manuel Antonio. 1909. Estudio preliminar. *Poesías*. Andrés Bello. Buenos Aires: Maucci.
- Concha, Jaime. 1997. “Gramáticas y códigos: Bello y su gestión superestructural en Chile”. *Mapocho* N° 42, 2º sem., pp.17-37.
- Coña, Pascual. 2000. *Testimonio de un cacique mapuche*. 6ª ed. Santiago: Pehuén.
- Donoso, José. 1970. *El obsceno pájaro de la noche*. Barcelona: Seix Barral.

- Ercilla, Alonso de. 1992. *La Araucana*. Santiago: Los Andes.
- Foucault, Michel. 1992. "Nietzsche, la genealogía, la historia", *Microfísica del poder*. 3ª edic. y trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. Madrid: La Piqueta, 7-30.
- Gallardo, Andrés. 1988. "Un aspecto del desarrollo de la identidad lingüística chilena: José Victorino Lastarria y el Movimiento Literario de 1842". *RLA* 26.
- Goic, Cedomil. 1991. Prólogos y Cap. I "Don Guillermo". *La novela chilena. Los mitos degradados*. Santiago: Universitaria.
- Guevara, Tomás. 1918. Cap. IV "Punto esencial del alma araucana que no conoció Ercilla". *La etnología mapuche en el poema de Ercilla*. Santiago: Barcelona.
- Góngora, Mario. 1992. "El Estado nacional chileno en el siglo XIX". *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. 4ª ed. Santiago: Universitaria. 29-72.
- Iñigo Madrigal, Luis. 1972. Estudio preliminar. *Don Guillermo*. José Victorino Lastarria. Santiago: Nascimento. 7-23.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 1999. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. 3ª ed. Santiago: Planeta/Ariel.
- , 2000. *Historia general de Chile*, tomo 1 (*El retorno de los dioses*). Buenos Aires: Planeta.
- Lastarria, José Victorino. 1885. *Recuerdos literarios*. 2ª ed. Santiago: Servat.
- , 1907. "Cuestión de Arauco". *Obras completas* V. V (*Proyectos de ley y discursos parlamentarios*). Santiago: Imprenta Barcelona. 391-426.
- , 1957. "Discurso de incorporación a la Sociedad Literaria", "Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile". En Durán Cerda, Julio. *El Movimiento Literario de 1842*. Santiago: Universitaria. 13-33.
- , 1972. *Don Guillermo. Historia contemporánea*. Santiago: Nascimento.
- Lévy-Strauss, Claude. 1988. "Historia y dialéctica". *El pensamiento salvaje*. Trad. Francisco González Arámburo. 1ª ed. en francés 1962. México: Fondo de Cultura Económica. 355-391.
- Loyola, Hernán. 1973. "Don Guillermo y Martín Rivas: visión paralela", *La novela hispanoamericana. Descubrimiento e invención de América*. Santiago: Universitarias de Valparaíso.
- Meléndez, Mariselle. 1998. "Miedo, raza y nación: Bello, Lastarria y la revisión del pasado colonial". *Revista Chilena de Literatura* N° 52, pp. 17-29.
- Muñoz, Braulio. 1982. *Huairapamushcas. La búsqueda de la identidad en la novela indigenista hispanoamericana*. Trad. del inglés Nancy Muñoz. 2ª ed. Temuco: Universidad de la Frontera.
- Ostria, Mauricio. 1988. "La ambigüedad del *Facundo*". *Acta Literaria* N° 13: 53-63.
- Peralta, Ariel, comp. 1993. *Idea de Chile*. Concepción: Ediciones Universidad de Concepción.
- Picón-Salas, Mariano. 1957. "Bello y la historia" (estudio preliminar). *Obras completas* V. XIX (*Temas de historia y geografía*). Caracas: Ministerio de Educación. XI-LXII.
- Piglia, Ricardo. 1995. "La sociedad es una trama de relatos", *La Marea*, año 11, N° 3, abril-julio: 4-9.

- Pinto Rodríguez, Jorge. 1998. "Del antiindigenismo al proindigenismo en Chile en el siglo XIX. *Del discurso colonial al proindigenismo*. Temuco: Universidad de la Frontera. 85-117.
- Rama, Angel. 1987. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Ramos, Julio. 1995. "Lengua y ciudadanía en Andrés Bello", *Revista de crítica cultural*, mayo, N° 10: 20-29.
- Rodríguez, Mario. 1981. "Bello, el poeta", *Atenea* N°s 443-444: 41-53.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto. 1999. *Historia contemporánea de Chile. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago: LOM.
- Triviños, Gilberto. 1992. "La sombra de los héroes". *Atenea* N°s 465-466: 67-97.
- Valdivieso, Mercedes. 1991. *Maldita yo entre las mujeres*. Santiago: Planeta.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. 1972. *La guerra a muerte*. 1ª ed. 1868. Santiago: Francisco de Aguirre.

